



No me debes nada

CONTI CONSTANZO

Índice

Portada
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Es por ti que aprendí el valor de los libros, a quererlos y a atesorarlos como tú lo hacías y porque sé que desde algún lugar del cielo te sientes orgulloso.

Esta novela es para ti.

Juntos algún día nos volveremos a sentar y leeremos hasta que la noche nos sorprenda o hasta que no nos queden hojas por leer.

Gracias, tata... Tu más linda lo logró.

1



Antonia daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño y cuando por fin comenzó a caer en los brazos de Morfeo, a eso de las cuatro de la madrugada, sonó su móvil, sobresaltándola.

—¿Diga? —contestó, con el corazón encogido, pensando que algo malo había ocurrido para que la llamaran a esas horas intempestivas.

—Anto... ¿eres tú? —habló su hermana, con la voz irrecognocible.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —preguntó un poco alarmada.

—Necesito que vengas —pidió Francisca, pero no continuó, porque alguien le arrebató el teléfono.

—¿Antonia López? —dijo una voz de mujer que ella no reconocía.

—Sí, sí, soy yo, ¿quién es usted? ¡Pásemela a Francisca!

—Luz Estévez, la enfermera que la cuida, la llamo desde Buenos Aires. Su hermana...

Ya despierta del todo, Antonia gritó, interrumpiéndola:

—¿¡Qué ha pasado!? ¿Mi hermana está bien? Quiero hablar con ella. ¡Pásemela! ¡Ahora!

La enfermera le entregó el teléfono a Francisca; estaba claro que la joven no quería hablar con ella.

—Anto, estoy en Buenos Aires porque...

—¿¡Cómo?! Pero ¡qué estás haciendo ahí...!

—Escucha, por favor, necesito que vengas.

—¿Estás loca! ¿Qué pasa?

—Mira es que... —Ya apenas se la oía, así que Luz cogió nuevamente el teléfono.

—Yo se lo explico. Mire, su hermana se realizó una rinoplastia ayer y ha habido una complicación, por lo que necesita que alguien la acompañe. Me ha pedido que la llame, porque no quiere estar sola y porque...

—¿Cómo que ha habido una complicación? —la cortó alarmada.

—Dice que no va a volver así, que parece Michael Jackson y que no quiere que nadie sepa qué ha pasado.

«Pero será tonta...», pensó Antonia.

—En serio, ¿cómo está? ¿De qué complicación me habla? Por Dios, que me estoy muriendo de angustia, por favor, dígamelo.

—Tuvo una mala reacción a la anestesia y tiene la cara inflamada y amoratada, tendrá que quedarse unos días aquí en el hospital. Por eso la hemos llamado, no puede estar sola y cuando le hemos pedido que nos dé el nombre de algún pariente, la ha mencionado a usted, señorita López.

Antonia estaba paralizada, pensando en lo irresponsable y loca que había sido su hermana. Cuando al fin pudo articular palabra, dijo:

—Sí, sí, ahora voy para allá, llegaré lo antes posible. Mientras, cuídela, por favor, señorita —murmuró acongojada.

Con la cabeza a mil por hora y sin saber muy bien qué hacer, se levantó y encendió el ordenador para comprar un billete de avión. Con lo nerviosa que estaba no pudo hacer mucho, así que decidió llamar. Le dieron un pasaje para el mediodía que le costaría un riñón y la mitad del otro. Pero, bueno, no había nada más que hacer, su hermana la necesitaba y la tarjeta aguantaría un poco más.

Cuando se metió en la ducha, lo único que sabía era que no podía avisar a su abuela María, dado que ya era viejecita y no quería que se llevara un disgusto más a causa de su hermana: ya tenía bastante con aguantarlas a las dos y quererlas. Al pensar en su cariñosa abuela, Antonia recordó también a su abuelo, que había muerto hacía poco, y se le encogió el corazón.

«Ya basta de recordar y pensar en mi viejecito y centrémonos en la pesadilla que se avecina», se dijo, aunque lo que realmente la preocupaba era cómo estaría su hermana, a quien, a pesar de todo lo que había cambiado, Antonia quería más que a nada en el mundo. Era su hermana pequeña, aunque sólo fuera un año menor.

Cuando salió de la ducha eran las seis de la mañana y aún tenía que esperar hasta las nueve para avisar en su trabajo que se ausentaría unos días. No sabía bien cómo reaccionarían, pero tampoco podía hacer otra cosa. Tenía que ir con Francisca, no tenía más remedio.

Por otro lado estaba tranquila, porque tenía vacaciones acumuladas, que estaba juntando para cumplir un sueño que albergaba desde niña.

Cuando ya fue la hora, llamó al bufete de abogados donde era secretaria administrativa.

—Buenos días, ¿Carmen?

—Buenos días, Antonia. ¿Qué sucede? ¿Estás bien?

—Bueno, sí, lo que ocurre es que debo solucionar un problema familiar y me tendré que ausentar unos días. Yo creo que serán únicamente dos, así que seguro que el lunes estaré de vuelta en la oficina.

—No te preocupes, todavía no ha llegado nadie del personal, pero tranquila, haré las gestiones para que esos días puedas cogerlos de tus vacaciones, ya lo firmarás cuando vuelvas.

—Gracias, de verdad te lo agradezco.

—Relájate, de algo me tiene que servir ser la prima del jefe.

Al colgar el teléfono, pensó en lo amable que era Carmen, una mujer mayor que, a pesar de estar jubilada hacía tiempo, seguía trabajando, y más que ser la secretaria del jefe, era la que lo sabía todo al dedillo, desde los cumpleaños hasta los datos de los clientes recientes. Por ser tan afable se ganaba el cariño de todos cuando la conocían a fondo, porque a simple vista tenía cara de pocos amigos.

Con el paso de las horas Antonia se sentía extraña, como ahogada no sabía por qué, pero lo atribuyó a la situación y lo tomó como angustia. Ya no podía más con la espera, sólo le faltaba dejar a su tortuga, *Matías*, con el portero, que la cuidaría mientras ella estuviera lejos.

Luego cogió un taxi hacia el aeropuerto.

Cuando llegó y vio el taxímetro ya le empezó a doler el bolsillo, porque eso había que pagarlo con billetitos y no con el plástico, que lo aguantaba todo y más.

Se dirigió al mostrador y esperó que el hombre que estaba delante de ella comprara su pasaje. Por lo que pudo oír, también era un viaje de último minuto, y en un abrir y cerrar de ojos lo tuvo todo listo para el próximo vuelo.

«Eso debe de ser un buen augurio», pensó.

—Hola, buenos días, he reservado un billete por teléfono, aquí está el código.

—Lo lamento, pero ese asiento ya está ocupado, lo acaban de comprar.

—Pero ¡cómo! Si lo he reservado por teléfono y lo he dejado todo listo.

—Pero no confirmado —contestó la señorita, muy calmada.

—Pero si estaba reservado, ¿por qué se lo ha ofrecido a otra persona? —Estaba alterada y de mal humor, producto del miedo de no poder viajar a ver a su hermana.

—Es que el señor que estaba aquí es cliente preferente —explicó la señorita en tono firme.

—Pero ¡cómo es posible?! ¿Y ahora cómo soluciono yo el problema? ¡Tengo que viajar! ¡Es urgente! —gritó, fuera de control.

—Cálmese, no se ponga así —intentó tranquilizarla la mujer—, lo que le puedo ofrecer es ponerla en lista de espera, por si no se confirman todos los asientos.

—Está bien, si no tengo más alternativas... —Respiró hondo para tranquilizarse sin conseguirlo del todo.

Lo que había empezado como angustia ya comenzaba a transformarse en desesperación por no poder viajar. Para no pensar, se dirigió a comprar el periódico, pero justo en

el instante en que llegaba, alguien se le adelantó y cogió el último ejemplar que quedaba.

«Esto es el colmo de la mala suerte», pensó Antonia.

Pero cuando se dio cuenta de quién se lo había arrebatado, se puso furiosa.

—¡Ah, no! —dijo en tono hosco—. Ese periódico lo he visto yo primero; de hecho, incluso lo he pagado, y usted en cambio lo ha cogido así, sin más.

—¿Perdón? —preguntó el hombre al que le habían dado antes su billete, girándose con extrañeza hacia quien le hablaba de esa manera.

Era muy guapo, alto, sobre el metro noventa, con ojos verdosos matizados en tonos café, y unas pestañas que cualquier mujer envidiaría.

—Ese diario es mío —recalcó Antonia, levantando la barbilla y enarcando las cejas.

—Está equivocada —contestó él tranquilamente.

—No, no estoy equivocada, yo ya lo he pagado y usted simplemente lo ha cogido, así que, démelo o, si no... —Se detuvo, no estaba pensando con claridad.

—O si no, ¿qué? —la desafió él.

—Mire, démelo y acabemos de una vez —respondió más calmada.

Sin decir nada, el hombre se dio la vuelta y se marchó.

Un gran error, porque Antonia se acercó a él como una loca y le quitó el periódico de las manos, chocando con una señora que llevaba una taza de café.

Todos los que estaban cerca miraban el incidente sin entender nada.

El tipo se dio la vuelta y, no dispuesto a dejarlo pasar, la miró con dureza.

—Mire, señora... —comenzó a decir.

—¡Señorita! —lo corrigió ella con altivez.

—De acuerdo... *señorita* —dijo suspirando—, sepa usted que he pagado el diario junto con el desayuno, por lo tanto...

—¡Por lo tanto, nada! Es la segunda vez que me arrebató algo —le espetó al hombre, que, por supuesto, no entendía nada.

Ya irritado por la situación y dispuesto a perder de vista a aquella histérica, le entregó lo que tanto deseaba de mala manera, casi tirandoselo.

—Ahí lo tiene, señorita, léalo, a ver si así aprende algo. —Y dejándola con la palabra en la boca, se fue rápidamente a su mesa.

Antonia se sentía culpable por su reacción, no sabía por qué lo había hecho, pero ni muerta le pediría disculpas. Ya estaba teniendo un día lo bastante malo de por sí como para, además, tener que reconocer su error delante de un desconocido. Así que, con cara de pocos amigos, se dio la vuelta con su periódico y se sentó lo más lejos posible del tipo y lo más cerca del mostrador, y empezó a leer.

Tenía los párpados casi cerrados, cuando oyó una voz que decía:

—Señorita, señorita...

Abrió los ojos y vio que era una azafata.

Por un momento pensó que estaba soñando, pero no, ahí estaba ella, muerta de sueño en el aeropuerto, esperando embarcar.

—Dígame.

—Ha quedado un pasaje sin confirmar para el vuelo que está a punto de salir, ¿lo va a querer? Es un poco caro —añadió, mostrándole el billete—: éste es el precio.

«Como si tuviera otra salida», pensó Antonia, pero enseguida reaccionó.

—¡Tan caro!

—Es un billete de última hora, si lo hubiera comprado con antelación, le habría salido por menos de la mitad —contestó la joven.

«Con antelación, claro. Como llevo planeando este viaje desde hace tanto tiempo», se mofó para sí misma.

—Me lo quedo, no tengo más remedio —dijo, siguiéndola hacia el mostrador—. Tenga, cárguelo aquí —añadió, entregándole la tarjeta dorada que tan pocas veces había

usado.

—Puede pasar a embarcar por la puerta número 6, al fondo del pasillo a la derecha —le explicó la azafata, devolviéndosela.

Antonia estaba más calmada y contenta por haber conseguido finalmente un billete, aunque fuese el más caro del mundo.

Avanzó hasta la puerta de embarque. No había nadie haciendo cola, todos habían entrado ya, sólo las azafatas esperaban. Muy amablemente, éstas le solicitaron el billete y le dieron la bienvenida.

Mientras caminaba por el finger, Antonia pensaba en su hermana y en todo lo que ésta hacía para gustarle al hombre con quien estaba, y eso la molestó. ¿Por qué no podía su novio quererla tal cual era? No era una belleza, pero su nariz era armónica con respecto a su cara y, además, la hacía parecerse a su madre, que habían perdido junto a su padre en un accidente de coche cuando ellas tenían once y doce años respectivamente; por eso se habían mudado a vivir con sus abuelos.

Empezó a mirar los números de los asientos y se quedó de piedra cuando se dio cuenta de que su compañero de asiento, que en ese momento miraba por la ventana con gesto serio, era el del incidente de la cafetería.

—Debe sentarse —le ordenó la azafata, que estaba acomodando unas maletas en el compartimento superior.

—Sí, sí, enseguida —balbuceó ella.

Cuando el hombre se volvió para mirarla, su cara mostró más enfado que sorpresa.

—¡No lo puedo creer! —exclamó, soltando el aire contenido.

—Mire, no es lo que a mí me hubiese gustado, pero es lo que nos ha tocado, así que, por favor, hagamos como que no nos conocemos y tengamos el vuelo en paz, nos quedan varias horas de viaje. Tome, aquí tiene el diario, por si quiere leerlo.

Él se puso de pie sin siquiera mirarla y se dirigió hasta una de las azafatas, que estaba detrás de unas cortinas, hablando por teléfono.

—Señorita.

—Debe sentarse, señor, el avión está a punto de despegar.

—No, escuche, necesito que me cambie de asiento.

—Señor, lo lamento, el avión está lleno y no tenemos más asientos disponibles.

Ella lo miró con una sonrisa digna de anuncio de dentífrico.

—¿Sería tan amable, por favor, de ver qué puede hacer? —insistió él.

—Claro, claro, señor, veré qué podemos hacer por usted. Estoy aquí para ayudarlo —contestó la azafata, totalmente embelesada.

Ésa era la reacción que él esperaba, la que causaba siempre en las mujeres. A eso estaba acostumbrado, no a que lo trataran como lo había hecho anteriormente su compañera de asiento.

Resignado, volvió a donde se encontraba la mujer que lo tenía de tan mal humor.

Al acercarse, vio algo extraño en aquella maleducada: estaba con los ojos cerrados, moviendo los labios en silencio. ¡Estaba rezando!

Sin saber por qué, sintió una punzada en el corazón. Sabía que era prepotente y que tenía mal genio, que no era en absoluto parecida a las mujeres con las que él se relacionaba, pero al verla ahí tan tranquila tuvo una extraña sensación.

—¿Se te ha perdido algo o sigues ahí de pie porque te gusta!?

Todo lo que acababa de sentir se fue por la borda.

Antonia no sabía por qué hacia él sólo le salían exabruptos. Ella no era así, pero aquel hombre tampoco se lo ponía fácil.

—No, estaba esperando para pedirle permiso, pero como usted es claramente una maleducada, no creo que conozca siquiera el significado de esas palabras.

—Pase, pase, por mí no se detenga —contestó mofándose.

En ese momento, se oyó por el altavoz el mensaje de que se abrochasen los cinturones y enderezaran los asientos.

Rápidamente, Antonia lo hizo y luego se puso tensa, ante la atenta y sorprendida mirada de él.

Mientras el avión despegaba, mantuvo los ojos cerrados y las manos apretadas, hasta que la azafata empezó a hablar. Entonces abrió los ojos y escuchó respetuosamente.

—No se preocupe —dijo el hombre—, este trayecto es corto y, aunque se moverá en algunos momentos, volar es muy seguro. Hay más accidentes de coche que de avión, así que puede estar tranquila. Me llamo José Ignacio Zúñiga —se presentó.

A Antonia le extrañó que ahora fuese amable con ella.

—¿Nacho? —preguntó para ser cortés.

—No —aclaró él—. José Ignacio.

—Ah... eh... Antonia López.

—¿Es su primera vez?

Al oír eso, sin saber por qué, Antonia se sintió incómoda, aunque él claramente se estaba refiriendo al vuelo.

—No, no es mi primera vez, he volado ya varias veces, es sólo que no consigo acostumbrarme.

«Mentirosa», pensó José Ignacio, pero quería tener un viaje tranquilo y no deseaba seguir discutiendo. No dijo nada.

Incómoda por cómo la miraba él, Antonia llamó a la azafata y le pidió un antifaz para poder dormir.

—Enseguida se lo traigo —contestó ésta.

—Se lo agradezco.

José Ignacio no entendía por qué a pesar de querer ser amable con ella, la joven lo rechazaba; eso lo irritaba increíblemente.

—Si va a dormir, mejor le cambio el asiento, así no la molesto si me quiero levantar —sugirió.

—Gracias, pero no es necesario.

—Insisto —replicó él.

—De acuerdo, de acuerdo —contestó ella de mala gana, cambiando de sitio.

Cuando llegó la azafata, se encontraba embobada mirando el cielo, las nubes, la cordillera y tardó un momento en reaccionar cuando la mujer le dijo que le había traído el antifaz.

Quería dormir, estaba realmente cansada, pero el paisaje era tan bonito que no la dejaba. Quería mirarlo todo y grabar en su memoria lo máximo posible.

—¡Ay, qué preciosidad! —suspiró.

—¿Cómo?

—Ah, no, nada, estaba hablando sola, disculpe...

Él, con la arrogancia que lo caracterizaba, aunque educadamente, dijo:

—Sí, es muy bonito, pero cualquiera pensaría que con tantas veces como ha viajado ya estaría acostumbrada.

—Eh..., no, en realidad no.

Ya no podía echar marcha atrás de su mentira; si no, quedaría como una tonta, además de como una mentirosa ante aquel hombre.

Al cabo de un rato, se quedó profundamente dormida.

De pronto, José Ignacio se descubrió mirando a aquella chica que, sin saber por qué, le atraía tanto.

Era absurdo, a él no le faltaban mujeres. Además, a aquélla no la conocía y lo poco que sabía de ella era que no se parecía a ninguna de sus amigas. Ni siquiera era una belleza, aunque su pelo castaño oscuro largo, su tez blanca, sus ojos color miel y sus labios... Eran unos labios que quería besar, perfectamente dibujados y sin pintar, de un rosado natural. Toda ella era natural, pensó. De pronto, la joven se movió, y se oyó un leve ronquido que lo hizo sonreír. Cuando movió la cabeza un poco para acomodarse, vio divertido que una pequeña gota de saliva le caía por la comisura de los labios.